

hasta ciento cuarenta) y existen abundantes psicologías que se fundamentan epistemológicamente en motivos individuales y sociales del hacer científico: la ciencia, incluida la psicológica, no avanza por el ajuste progresivo entre las teorías y los hechos, sino por la sucesión de *paradigmas* o modelos de hacer ciencia que, por razones históricas y sociológicas, son aceptados o rechazados por la comunidad de científicos. La psicología, en particular, no ha alcanzado la madurez paradigmática. Existen muchos modelos de hacer psicología. Aténgase cada uno al que más razonablemente le plazca y consideremos, por el momento, que la psicología es el conjunto, metodológicamente diverso, de estudios y campos psicológicos fragmentarios y dispares.

Esta es, a grandes rasgos, la situación de la psicología actual. Un saber que se esfuerza por estudiar la conducta del hombre como acción psicoorgánica personalmente significativa y que lo hace, según he mostrado con alguna extensión en otro lugar,² de forma *pletórica, frustrante y desunida*. Pletórica, sin duda: el crecimiento de la investigación psicológica es casi exponencial y, en algunos sectores, como el biopsíquico y más particularmente el neuropsíquico, figura, junto a la biología molecular y a la física del núcleo, a la vanguardia de la indagación científica. Frustrante, sin embargo: en general, cuanto mayor es la precisión y la validez interna de un estudio, tanto menor suele ser su aportación para entender la conducta humana, y, viceversa, cuanto mayor es la importancia humana del tema considerado, tanto menor suele ser, salvo raras excepciones, la precisión metodológica del estudio. Conocemos, por ejemplo, con gran exactitud, la función de los conos y bastones en la adaptación a la oscuridad; por el contrario, no existen más que dudas y tanteos y múltiples explicaciones dispares para entender el miedo a la oscuridad. Desunida, también: no existe hoy *una* ciencia psicológica, hay muchas y muchos modos de concebirla, hay fragmentos disgregados de ciencias psicológicas: conductismos operacionales o cognitivos, apoyados en teorías mediacionales o radicalmente empíricos, cognitivismos computacionales o atentos al conocimiento intencional del significado, desconcertante diversidad de psicologías psicoanalíticas, transaccionales, transpersonales, humanistas, históricas, socioculturales...

¿Hay alguna manera razonable de salir de esta situación un tanto caótica? Yo creo que sí. He expuesto largamente mis razones en el lugar antes citado y en otros escritos.³ Ahora se trata de examinar, aunque sea sucintamente, el pensamiento de Laín sobre la cuestión.

Creo que entre las propuestas filosóficas contemporáneas hay dos españolas, la de Ortega y la de Zubiri, que pueden servir de orientación a una psicología científica abierta a los grandes problemas y misterios de la conducta humana. La psicología, incluida la española, apenas las ha aprovechado. Merece la pena hacerlo. Disponemos para ello de estudios que acercan esas dos filosofías al planteamiento e indagación de los proble-

² «*Toward a unified psychological science: The meaning of behavior*», en Staats y Mos (eds.), *Annals of theoretical psychology*. New York, Plenum, 1987.

³ «*Conciencia, cuerpo y conducta*», Rev. Univ. Madrid, 1963, 11, 41, 7-29; La estructura de la conducta: Estímulo, situación y conciencia, *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 1974; «*La estructura de la conducta: El sujeto y la respuesta*», Homenaje a Marías, Espasa, 1984; «*El hombre, el azar y la necesidad*», en ¿Qué es el hombre?, Instituto de Ciencias del Hombre, 1986; «*La Psicología: ayer, hoy y mañana*», en P. Fraisse (dir.), El porvenir de la psicología, Madrid, Morata, 1985.

mas psicológicos. Me refiero a la obra de Marías, sobre todo en sus análisis de la estructura empírica de la vida humana, por ejemplo en su *Antropología Metafísica*, y a la obra de Laín, sobre todo en su elaboración de un *conductismo explicativo y comprensivo*, por ejemplo en su *Antropología Médica*.

En varias partes de este libro declara y muestra Laín que el método del conductismo explicativo y comprensivo es el único adecuado para construir una antropología científica, y, por tanto, una antropología médica. Hay que añadir que, por las mismas razones, es el método que precisa una antropología psicológica y toda psicología que pretenda dar cuenta suficiente de la acción del hombre.

Consiste el método en estudiar no la idea del hombre, sino al hombre viviente y actuante, al hombre en su conducta y a través de ella. De ahí la justificada denominación de conductismo. La conducta y el hombre que se conduce aparecen, desde luego, y pueden y deben ser considerados como *objetos* espacio-temporales, físicamente observables y registrables, que exigen ser «explicados» mediante el conocimiento científico-natural de las leyes y relaciones funcionales que rigen sus fenómenos y que descubren su «cómo» y su «porqué». Es el único método, ideado por el Occidente renacentista y barroco y desde entonces ya irrenunciable, que permite la elaboración de la física, la química, la biología, la psicología y la sociología empíricas y experimentales, absolutamente imprescindibles para conocer con rigor la totalidad del hombre y su conducta.

Pero la efectiva realidad de la conducta y del hombre no se agota en su pura consideración objetiva. La conducta, en toda su complejidad factual y psicoorgánica, se elabora mediante *acciones personales*, con sus componentes de *intimidad subjetiva* y de *libre decisión*, que más que ser «explicadas» por medio de leyes de causalidad eficiente exigen ser «comprendidas» indagando su «para qué», su finalidad y su sentido.

«Tal conductismo —dice Laín— se propone conocer, pues, al hombre que tengo ante mí, mas no sólo como objeto, también, y al mismo tiempo, como persona individual, social e histórica; esto es: como individuo corpóreo, viviente y personal, dotado de tal figura y tal estructura, que ante mí hace una vida a un tiempo susceptible de observación y experimentación objetivantes y de observación y penetración comprensivas» (p. 7).

La visión objetivante de la conducta, propia de las ciencias naturales del comportamiento, y la descripción e interpretación del sentido de las acciones humanas que la componen, propias de la fenomenología y la hermenéutica de las vivencias, deben ser unificadas en un conductismo a la vez explicativo y comprensivo. Las dos perspectivas son imprescindibles y complementarias, las dos se coimplican y mutuamente se exigen.

Todo el libro de Laín lo pone de manifiesto y ejemplifica. Examina la realidad humana en sus diversas estructuras, siempre psicoorgánicas, solidarias entre sí y dinámicas, de carácter predominantemente operativo, impulsivo, signitivo, cognoscitivo, expresivo, pretensivo o posesivo. Sobre ellas se apoya el dinamismo del vivir humano, siempre y a la vez, biofísicamente corpóreo y dotado de sentido. El que actúa y piensa y decide es el hombre, no su psiquismo, su cerebro o su cuerpo, no la sociedad o la cultura. Pero decide y piensa y actúa porque está constituido por ciertas estructuras de las que el psiquismo, el cuerpo y el cerebro y el influjo modelador de la sociedad y la cultura son notas intrínsecas y, según los casos, predominantes o subordinadas.